

La sangre de San Pantaleón volvió a licuarse ayer tras el rezo de vísperas

Numeroso público acudió durante todo el día al Monasterio de la Encarnación

Madrid. María González-Vegas

Una vez más este año, ayer, después del toque de vísperas, la comunidad de agustinas recoletas, del Monasterio de la Encarnación, vio cómo la sangre de San Pantaleón, contenida en una ampolla de cristal, dentro del relicario, comenzaba a licuarse. También y si todo transcurre como siempre, la sangre permanecerá líquida todo el día de hoy, festividad del Santo, y volverá al estado sólido mañana. La afluencia de público fue ayer muy numerosa.

«San Pantaleón fue médico y puede haber legado un verdadero reto científico», asegura el doctor Javier Aboin Massieu, especialista en medicina interna y hematólogo, ya que nadie puede explicar este fenómeno —de «suceso extraordinario», lo califica el doctor— y sobre el que han escrito y certificado numerosos médicos, teólogos, religiosos y juristas, pues hasta un proceso se abrió en Madrid de 1724 a 1730 promovido por sor

Ana Agustina de Santa Teresa, hija de los duques de Abrantes. El resultado fue que la sangre pasaba de un estado a otro en las fechas señaladas y que «estas variaciones no admiten fácil explicación en las ciencias físicas». El hecho se verifica, como ha documentado y escrito el padre Eugenio Ayape, «con asistencia de personas o aunque nadie se halle presente. Y en cualquier temperatura. Además, se produce idéntico fenómeno de licuefacción en otras ocasiones especiales, como sucedió durante todo el tiempo de la Gran Guerra, de 1914 a 1918. Y hay recuerdo del mismo hecho en tiempos pasados antes de sobrevenir alguna calamidad pública».

San Pantaleón nació en Nicomedia —hoy se denomina Izmit, capital de la provincia turca de Kocaeli—, hijo de un pagano, senador del Imperio romano, Eustorgio, y de una cristiana, Eucuba. Fue médico y convertido a la fe de Jesucristo por el ejemplo de su madre. Como médico se entregó de lleno al servicio de su profesión y, a raíz de su conversión, se dedicó a curar a los pobres, que por entonces no tenían garantizada ninguna clase de asistencia. Se le daba el nombre de «anargiro», «sin plata», por esa asistencia caritativa y entregada. También «anargiros» fueron los santos Cosme, Damián y Lucas. La popularidad de Pantaleón fue grande en todo el territorio y convirtió a muchas personas.

Tras la muerte de Eustorgio, Pantaleón se desprendió de todos sus bienes, concedió la libertad a los esclavos de su casa y se entregó de lleno a mejorar la salud de los pobres y a asistirles espiritualmente. Por ser cristiano fue denunciado al emperador Galerio Maximiano —que se encontraba en tonces en Nicomedia—, ya que uno de los edictos imperiales prohibía el culto de Cristo.

El nombre de Pantaleón venía de la palabra griega «pantaleonta» que quería decir «en todo semejante al león», pero cuando fue condenado a muerte se le amarró a un tronco seco de olivo, que milagrosamente re-

Los milagros

Cuenta la tradición que San Pantaleón fue pródigo en llevar a cabo hechos milagrosos que iban mucho más allá de su sabiduría médica. Un día resucitó a un niño muerto tras la mordedura de una víbora. Otro, curó a un ciego que le llevó su propio padre y que le mostró como un reto a la vez que le decía: «Si eres capaz de curar la vista a este ciego, me convertiré al cristianismo». La repentina curación hizo que el padre abrazara la fe de su hijo. Realizó otros muchos prodigios este santo, al que se invoca en casos de envenenamientos, parálisis, cegueras, enfermedades de la sangre y también en casos de abandono y pobreza. En definitiva, todo un elenco de generosidad y de fe.

verdecio, y se oyó una voz que decía que en adelante y por eso, se le llamaría «pantaleemon» que significa misericordia, y muchos, por su intercesión, alcanzarían misericordia. Fue encarcelado, martirizado y decapitado en la plaza pública el 27 de julio del año 305. Los fieles recogieron su cuerpo y su sangre. Su culto se difundió rápidamente, sobre todo en la Iglesia oriental, y en su honor fueron levantados templos. La emperatriz Teodora, edificó un monasterio dedicado a San Pantaleón. Hay muchos lugares en distintos países bajo el patrocinio de este santo, en todos los cuales se encuentran algunas de sus reliquias.

El relicario con la sangre de San Pantaleón lo trajo a Madrid, desde Nápoles, la hija del virrey Juan de Zúñiga, Aldonza del Santísimo Sacramento, en el 1611, año de su profesión. Fue sucesora de la madre Mariana de San José, primera priora del Monasterio de la Encarnación que fundó, para las agustinas recoletas, la Reina Margarita de Austria, y hasta aquí, con la comunidad, llegó el relicario.

Durante toda la tarde de ayer acudió al Monasterio numeroso público que formó largas colas para venerar la reliquia, rezar al santo y contemplar el fenómeno extraordinario.

Hoy el Monasterio estará abierto por la mañana hasta las 14 horas, y por la tarde de 17,30 a 22 horas. Se celebrarán misas de 8, 9, 10, 12 y 19 horas.

Los jesuitas piden al Papa un «no» tajante a la pena de muerte

Ciudad del Vaticano. Efe

Los jesuitas italianos han pedido que el Vaticano se declare abiertamente contra la pena de muerte, «condena bárbara e inútil».

El nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, en el capítulo dedicado al quinto mandamiento, sostiene que la pena de muerte es admisible sólo en casos de extrema gravedad y únicamente en el marco del derecho-deber del Estado de ejercitar la legítima defensa frente a los culpables de delitos crueles.

El Papa, en su encíclica «Evangelium vitae», concreta más y sostiene que hoy en día estos casos son raros, si no inexistentes. Pero pese a que el Papa parece excluirla prácticamente, los jesuitas se preguntan si no sería oportuno, por parte de la Iglesia, excluir incluso la posibilidad teórica de la pena capital.

Palabra de vida

LA PERLA ESCONDIDA

Siguen las parábolas sobre el Reino de los Cielos, es decir, sobre la vida cristiana. Ese Reino del que tan insistentemente habla el Señor se parece a un tesoro escondido, a un comerciante en perlas finas, a una red que capta toda clase de peces para después escoger y quedarse con los buenos y tirar fuera los malos.

Nuestra actitud ha de ser, ante el Reino de Dios, seguir a Cristo sin condiciones, vender todo para comprar el campo donde sabemos que está escondido el tesoro o la perla preciosa, vivir en lo posible las bienaventuranzas, extender el bien, perdonar, amar, ayudar a todos, seguirle a Él, dar gloria a nuestro Padre que está en los Cielos, vivir desprendidos de los bienes terrenales, mantener un corazón puro y limpio, luchar con denuedo para que las ambiciones terrestres no nos dominen. El Maestro atrae con estas parábolas la atención de los discípulos a lo esencial, a lo que de verdad merece la pena, y quiere que en función de ello vivan libres y no sometidos a la esclavitud de las pasiones. El Reino de Dios es el don por excelencia, el tesoro, la perla, la red en que se entra, pero exige una disposición de alma. Darlo todo para conseguirlo.

Los bienes de este mundo son para poder crear otros y distribuirlos mejor en la vida social y personal de los hombres. Nuestras manos y nuestro entendimiento deben seguir siendo capaces de fabricar los mejores aviones para viajar por los aires y los mejores microscopios para analizar; pero el corazón, es decir, el alma, el ser del hombre ha de permanecer limpio para adorar a Dios, incluso aún cuando perdamos las manos en un accidente doloroso. Dios me lo dio. Dios me lo quitó, hemos de saber exclamar como el Santo Job.

El tesoro, la perla, la red, ponen de relieve la grandeza de lo que está en juego: el sentido de nuestra vida y nuestro destino. El labrador, el comerciante, se sienten movidos a venderlo todo, pero es para comprar algo de valor inmensamente superior. La red del Reino de los Cielos se lanza por los mares de la vida para recoger a todos los hombres sin excepción, pero hay quienes huyen y no quieren entrar. De ahí viene el fracaso de tantos. Es muy torpe no escuchar la voz del Maestro y dejarse seducir por otros pregoneros o entrar en otras redes que nos asfixian.

Cuando uno se entrega a Cristo —no se trata, ya hemos dicho, de huir del mundo— no se pierde nada, se encuentra todo. El desprendimiento es sólo el primer paso, la alegría y la plenitud de la nueva posesión vienen después. Los santos no dan importancia a lo que dejan. La fuerza del amor, como dice Santa Teresa, allana cosas que parecen imposibles. Hay que elegir entre el placer engañoso de los débiles y la esperanza de los fuertes. La salvación o la condenación son un problema de responsabilidad personal.

Hoy hay muchos hombres y mujeres que confunden el bienestar con el vicio. Mal camino. En la primera lectura se nos ofrece la figura de Salomón, que al ofrecimiento de Dios de darle lo que desee para gobernar bien, pidió únicamente el don de discernir entre el bien y el mal. Poder conocer y practicar el bien quería que fuese su perla preciosa.

Cardenal Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN
Arzobispo Emérito de Toledo